

De la escuela al boliche y del boliche a la escuela. Relaciones violentas entre jóvenes escolarizados.

Pablo di Nápoli.

Cita:

Pablo di Nápoli (2011). *De la escuela al boliche y del boliche a la escuela. Relaciones violentas entre jóvenes escolarizados. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/607>

DE LA ESCUELA AL BOLICHE Y DEL BOLICHE A LA ESCUELA

Pablo di Napoli¹

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

pablodinapoli@gmail.com

El presente trabajo se propone hacer una indagación sobre la relación de los jóvenes entre la escuela y el boliche. La institución escolar es un ámbito de socialización donde los jóvenes se construyen como sujetos en sociedad. En función de sus afinidades, los estudiantes forman grupos de pertenencia con los cuales se identifican diferenciándose unos de otros. Por su parte, el boliche, con su música, se constituye en un eje diferenciador entre ellos. Están los que salen a bailar y los que no salen, los que van a boliches caretas y los que van a los boliches cumbieros. Así, la subcultura de la noche se transforma un campo con códigos y significados propios a través de los cuales los jóvenes se relacionan e identifican.

Aquí nos interesa analizar como la violencia atraviesa los ámbitos escolares y de boliche en una configuración particular en la que jóvenes escolarizados se constituyen como sujetos. Existen conflictos que empiezan en el boliche y que a veces terminan resolviéndose en los días siguientes a la salida de los colegios; como así también sucede con conflictos dentro de la escuela que continúan en el boliche.

Escuela - Boliche - Violencia - Subjetividad - Jóvenes

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL SER JOVEN

No existe una forma universal de "ser joven". No ha sido lo mismo ser joven ayer que hoy, y seguramente no será igual serlo mañana. Tampoco todos los jóvenes de hoy son iguales ni transitan dicho periodo de la misma forma. Existen diversos tipos de juventudes o de vivir/atravesar ese periodo. Asimismo, se torna muy difícil definir el término "juventud" como categoría social ya que en su interior están imbricadas luchas de poder simbólico.

Los sociólogos Margulis y Urresti (1998, 2008), desde una perspectiva culturalista, definen a los jóvenes a través de cuatro dimensiones: La moratoria vital, la moratoria social, la memoria generacional y el sexo. Los autores desarrollan el concepto de "moratoria vital" como característica propia de la juventud sobre la cual se adherirán otras características que diferenciarán a las distintas juventudes. La moratoria vital es un plus, un capital temporal que se mide en función de la distancia cronológica con la muerte. Si bien este crédito temporal que posee la juventud es común a todos, no todos utilizan o gastan este crédito de la misma forma.

Es aquí donde los contextos de desigualdad social matizan la forma de vivir dicho periodo. El concepto de "moratoria social", como complemento socio-cultural de la moratoria vital, es definido como el periodo que va desde la madurez física a la madurez social. En este lapso se postergan las responsabilidades económicas (como trabajar) y familiares (como tener hijos). La moratoria social propone un tiempo libre que generalmente es usado para continuar con la formación y capacitación. Ahora bien, este periodo no es igual para todos. Las familias que pueden permitirle a sus hijos gozar de este plus socio-temporal pertenecen a las clases medias y altas. En el seno de estas familias, los hijos tienen la posibilidad de continuar sus estudios más allá del secundario. En cambio, en los sectores populares, la edad en la cual los hijos empiezan a trabajar y a tener familia es mucho más temprana. Para estos sectores la moratoria social es más corta o a veces inexistente. Sin embargo, muchos objetos materiales de consumo e incluso imágenes simbólicas de lo propiamente joven apunta a este periodo.

El género también es otro atributo que marca la forma de transitar la juventud. Las desigualdades de género en una sociedad patriarcal hacen que las mujeres no vivan la juventud de la misma forma que los hombres. Si bien a lo largo de la historia se han producido cambios todavía siguen existiendo roles bien definidos según el género que no le permiten a la mujer disfrutar de ciertos espacios y/o prácticas que están reservados solo para la juventud varonil. A esta diferenciación de índole cultural se le suma otra que tiene base en lo biológico referido al embarazo. Este acontecimiento marca los ritmos y cronología en la vida de las mujeres.

Las generaciones es la última dimensión que desarrollaremos para comprender la juventud. No solo los jóvenes de la actualidad no son iguales que los jóvenes del pasado sino que la forma de conceptualizar este periodo vital han ido cambiando a través de la historia. Las generaciones pasadas marcan a las generaciones futuras (adultos y jóvenes si sacamos una foto de dos generaciones) a través de la memoria social que estos últimos van incorporando en sus procesos de socialización. Las experiencias juveniles pasadas van produciendo las condiciones de posibilidad de las juventudes venideras. Asimismo, Margulis y Urresti (1998, 2008) sostienen que la juventud se define en función de la configuración familiar. No es lo mismo pertenecer a una familia en donde conviven dos generaciones en donde los roles entre padres e hijos son más marcados que en aquellas donde conviven 3 o 4 generaciones en un mismo terreno y donde los roles se hacen difusos.

Norbert Elias (1988), en su trabajo titulado "La civilización de los padres" analiza el desarrollo de la familia moderna en función de las relaciones de poder entre el esposo y la esposa y de ellos con sus hijos. El autor afirma que mientras en la edad media la relación entre padres e hijos era claramente de dominación, a lo largo del proceso civilizatorio dicha relación se fue democratizando (si bien nunca deo de ser una relación asimétrica).

Este proceso fue simultáneo a la conformación del Estado como institución social, que se apropió de ciertas funciones y responsabilidades sobre los niños que antes estaban a cargo de la propia familia o la iglesia. La aparición de la

escuela es un ejemplo de este proceso donde se retiró al niño del mundo adulto y se lo encerró dándole un rol específico como alumno.

Bourdieu sostiene que no se puede hablar de juventud sin hablar de vejez. Ambos términos son una construcción social que se plasma en una lucha entre jóvenes y viejos por definir su situación social. Aquí existe una lucha de poder entre las distintas generaciones.

Hay periodos en los que la búsqueda de "lo nuevo" por lo cual los "recién llegados" (que son por lo general los más jóvenes desde el punto de vista biológico) empujan a "los que ya llegaron" al pasado, a lo superado, a la muerte social (...), se intensifica, y por ello mismo, aumentan la intensidad las luchas entre las generaciones; son los momentos en que chocan las trayectorias de los más jóvenes con las de los más viejos, en que los "jóvenes" aspiran "demasiado pronto" a la sucesión. (Bourdieu, 1990:173)

El sistema escolar es una variable importante en el seno de este conflicto. La relación que tuvieron las generaciones anteriores no es la misma que tiene la actual. El acceso a la educación se ha masificado y prolongado pudiendo obtener titulación que antes hubiesen sido impensada por ciertos sectores. Sin embargo, la contrapartida a este proceso es la desvalorización de los títulos obtenidos por los jóvenes graduados. Las posibilidades que brindaba un título secundario de ayer no son las mismas que hoy. Es través de la validación de estas credenciales que los jóvenes se enfrentan con los viejos que hacen valer su experiencia y posiciones de poder para *"regular el ritmo del ascenso de los más jóvenes, regular las carreras y los planes de estudio, controlar la rapidez con que se hace la carrera, frenar a los que no saben hacerlo..."* (Bourdieu, 1990: 173)

Los jóvenes en la escuela

Una de las características en torno a la juventud mencionadas más arriba fue la de ser alumno. El proceso de masificación² escolar ha permitido a la mayoría de los jóvenes de Argentina tener acceso a la educación secundaria. De hecho, la nueva Ley de Educación Nacional ha establecido este nivel como obligatorio. Por lo tanto, la cultura juvenil se ve entrelazada con la cultura escolar, más allá de que estas dos culturas sean vividas de diferentes maneras según el origen sociocultural y el género.

La escuela secundaria es un espacio que atraviesa a los jóvenes en su subjetividad. Dicha institución constituye un espacio de socialización de aquellos. En ella los jóvenes se preparan para ser adulto, asumir responsabilidades y "completarse" como seres sociales. En este proceso los jóvenes se forman y asimilan los códigos de la sociedad para luego poder integrarse a ella.

Pero la escuela no es solo un espacio de socialización sino también de sociabilidad. Los estudiantes conviven un mínimo de 5 horas diarias con individuos

de la misma generación con quienes comparten experiencias y construyen amistades, grupos de afinidad y solidaridades sin que por ello no se entablen también relaciones conflictivas.

Sin embargo, la escuela no es el único ámbito a través del cual los jóvenes se definen y se constituyen. Los jóvenes van construyendo una cultura en base a sus experiencias, sus condiciones de vida, sus consumos y, muchas veces, en oposición a las generaciones anteriores. Margulis define a la cultura como *"el conjunto interrelacionado de códigos de la significación, históricamente construidos, compartidos por un grupo social, que hacen posible la identificación, la comunicación y la interacción."* (1997:12)

Los jóvenes en los boliches

Los jóvenes también son definidos por sus consumos, o dicho de modo inverso, el mercado apunta hacia esos sujetos con determinados productos. Los jóvenes transitan ciertos espacios y ejercen ciertas prácticas que son tomadas como propias. La noche, o mejor dicho, la trasnoche es un tiempo vinculado con la juventud. Según Margulis

la noche constituye el territorio de los jóvenes, una isla juvenil en la ciudad dormida, un territorio que han ido ocupando, en el cual han avanzado, y una de cuyas claves es esta hegemonía generacional, favorecida por la sugestión de la ciudad nocturna, en la que están ausentes los otros, los que tienen el poder, que duermen...
(1997:16)

Los mayores están durmiendo y los jóvenes experimentan un sentimiento de liberación que debe ser festejado a través del goce y el éxtasis. La ciudad se resignifica a la noche y los boliches se convierten en una institución social fundamental en la creación, circulación y negociación de significados de la juventud.

Podríamos hablar de los boliches como la antítesis de la escuela o por lo menos como es vista por los propios jóvenes. La escuela representa el día, la dominación, el disciplinamiento y el deber; en cambio el boliche es el espacio de la noche, de la liberación, el goce ilimitado, la no responsabilidad de los actos. El día y la noche se representan como una oposición que sin embargo están conectadas. La noche es una falsa liberación y el boliche una fiesta mercantilizada. En cuanto que mercado, en la noche existen normas de regulación y códigos de comportamiento que condicionan el accionar de los jóvenes. Los jóvenes eligen pero dentro de una oferta controlada. Existen ciertas "normas" para vivir la "liberación". Ese poder que se creía adormecido se sigue ejerciendo mediante mecanismos más "divertidos" y "festivos". La noche y el boliche es un espacio de socialización, al igual que la escuela (Margulis et al., 1997).

Ahora bien, la noche no es experimentada de la misma forma por todos los jóvenes. Cada grupo frecuenta diferentes lugares en función de sus posibilidades y gustos. La noche tiene diferentes públicos y no todos tienen la misma capacidad de elección. Existen ciertos códigos y mecanismos de distinción, y por tanto de exclusión, que son puestos en juego en el transcurso de la noche. Según Margulis *"la cultura de la noche es teocéntrica, clasista y, hasta podríamos decir, racista"* (1997:17). Existen subculturas con prácticas específicas a través de las cuales buscan diferenciarse de "otros" o, por las cuales son estigmatizadas por los "otros". Muchas veces, el encuentro con la otredad produce problemas de codificación que conllevan a situaciones conflictivas.

ESCUELAS, BOLICHES Y VIOLENCIAS

Me gustaría hablar de un determinado vínculo o lazo que existe entre el día y la noche, entre la escuela y el boliche, y que últimamente es considerado como un atributo propio de los jóvenes. En Latinoamérica, y más específicamente en Argentina, al comienzo de la década de los „90 se produjo una operación semántica a través de la cual se extendió un imaginario en el cual los jóvenes eran construidos como "violentos" (Reguillo Cruz, 2000; Kessler 2009). Esta mirada fue retroalimentada por los medios de comunicación que operan como portavoces a través de la espectacularización mediática de ciertos episodios. Programas de televisión como "Policías en acción" o "GPS, para saber dónde estás parado" dedican emisiones enteras o espacios significativos en ellas para mostrar imágenes de jóvenes agredidos físicamente a la salida de los boliches. Por otro lado, también es habitual ver en los noticieros imágenes vinculadas a hechos de violencia acontecidos en la escuela.

Los resultados que se presentan corresponden a la beca de investigación: "La construcción simbólica de las violencias en la escuela. Un estudio socioeducativo acerca de las tipificaciones que los estudiantes de educación secundaria producen sobre el "alumno violento" según sus experiencias de victimización"; enmarcado en el proyecto UBACyT F014/08 "Desigualdad, violencias y escuela: dimensiones de la socialización y la subjetivación" que lleva a cabo el equipo de investigación dirigido por la Dra. Carina Kaplan. La investigación de tipo exploratoria se situó desde un enfoque teórico-metodológico de carácter constructivista y relacional. Se tomó como base empírica una muestra de 16 estudiantes de dos escuelas secundarias de gestión estatal de la provincia de Buenos Aires a quienes se les realizaron entrevistas en profundidad.

Según los testimonios de los estudiantes el boliche es un territorio potencialmente peligroso donde los jóvenes, encaminados por las adicciones, se descontrolan.

"...eso que pasa en los boliches, que salen todos drogados, alcoholizados, que se agarran a piñas afuera." (E 14)

La noche pareciera ser el tiempo del no control donde uno puede hacer lo que quiera y donde la potencial víctima carece de protección

"Yo salgo a bailar a la ruta y se cagan a trompadas siempre." (E2)

"Afuera de los de los boliches hay mucha violencia. El otro día fui a un boliche, Ruta se llama. Cuando salimos se pegaban, como siempre (...) parece que fuera común, aunque no tendría que serlo. Pero últimamente parece común." (E9)

"El otro día en un baile apuñalaron a uno, eso para mí, si es violento. Terminó internado.

P: ¿Y vos estaba ahí?

E: Si, me sacaron. Nos sacaron a todos. Yo estaba bailando con una chica todo bien. Yo estaba con las chicas y vienen y me tiran de acá" (E 13)

Las situaciones de "cagarse a trompadas" y hasta de apuñalar aparecen como episodios comunes. Generalmente suceden a fuera del boliche pero, si sucedieran adentro los propietarios del lugar se encargan de que dichas situaciones continúen afuera desresponsabilizándose de las consecuencias.

Se plantea así un abismo entre el adentro y el afuera que está controlado por los "puerta" o "seguridad" de los boliches. Ellos son los encargados de separar el paraíso del infierno. Adentro es diversión, fiesta, goce y plenitud. A fuera, el peligro, la violencia y la inseguridad que asecha. "Los seguridad" en su función de discriminadores capilares (Urresti, 1997) al determinar quien entra y quién sale, son los responsables de evitar el conflicto. Dentro del sistema boliche no puede haber comportamientos anómalos. Y si los llegara a haber, ellos deben encargarse de extirparlos hacia el afuera, carente de control, para restablecer el orden y el buen funcionamiento del sistema. A fuera queda lo no admitido y lo rechazado.

Los estudiantes ven al boliche como una totalidad. Ellos hablan de la violencia que hay en los boliches sin discernir entre el adentro o el afuera porque el problema no está en el espacio sino en quienes lo ocupan. La violencia es provocada por aquellos que asisten a esos boliches. Y por más que adentro sea seguro, se debe transitar primero por el afuera. Por otro parte, si uno llegara a ser parte de un conflicto dentro del boliche, el paraíso se esfuma y el infierno acecha sin mediación. Del adentro se pasa al afuera de un golpe y allí hay que arreglárselas.

El motivo y origen de los conflictos que desembocan en situaciones violentas son bien identificados por los jóvenes:

"Ponele, en los boliches cuando alguien mira a tu chica tenes que defenderla..." (E 3)

"Salir a bailar y que uno lo miro mal a otro. Se empiezan a pelear y salta otro y después otro y al final es banda contra banda. Y ahora si se cruzan está todo mal." (E 4)

"En un boliche con "qué mirás a mi novia" o con que te empujó y se le cayó el vaso de bebida en el cuerpo. En general, en el boliche parece que todos van en busca de eso y si no te haces el distraído siempre hay uno que está buscando." (E 9)

La mirada ocupa un lugar central en el boliche. La vista es uno de los sentidos principales que intervienen en la acción comunicativa. La mirada se convierte en

una fuente de información propia sobre los otros y de control hacia uno mismo por parte de otras miradas. Goffman sostiene que *"cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen."* (2009:15). En el encuentro con el otro su vestimenta u gestos nos dan indicios que nos permiten inferir cómo es la otra persona o como actuar frente a ella.

En el boliche se desarrolla un juego de expresiones en el cual la mirada opera como una forma de expresión. Al quedar opacada la palabra por el volumen de la música la mirada monopoliza la comunicación. Según Fernando Pérez y Julián Piñero, *"en el interior del boliche se establece un juego en donde las miradas van y vienen en un continuo deambular por los rostros ajenos, realizando una especie de sondeo a la espera de ser „reconocido"*" (1997:115).

El juego de miradas comienza afuera cuando van llegando los chicos y durante la fila para ingresar. Allí, los chicos y chicas se "relojean" entre sí. Es una previa para lo que luego vendrá adentro. Entre ellos se miran, conocen y reconocen. Cuando se transita por la puerta del boliche se puede dar cuenta que tipo de boliche es y quienes asisten allí con un simple paneo de la situación. "Los seguridad" también hacen uso de la mirada para reconocer los que son aptos para entrar y cuáles no lo son. Como dijimos anteriormente, estos trabajadores de la estigmatización son el filtro entre el adentro y el afuera, los que tratan de homogeneizar el público que ingrese al boliche.

Las miradas son el punto nodal de la seducción en busca de reconocimiento. Se busca seducir con la mirada y se busca seducir para ser mirado. Pero también existe otro tipo de mirada a través de la cual se busca reconocimiento. En este caso no se busca seducir y congeniar sino más bien conflictuar. El clásico "mirar mal" que tantos jóvenes aluden como motivo de pelea es un acto por el cual el otro busca que se reconozca su existencia. La mirada ya no busca seducir sino desafiar. Te desafío a que existo, que estoy acá.

Otro caso paradigmático que en el cual se conjugan seducción y desafío es el "mirar a la novia de otro". Esa mirada que puede empezar como principio de seducción hacia la mujer se convierte en un desafío hacia el supuesto novio. Según los estudiantes, al novio no le queda otra opción que "saltar" para defender a su novia y "ponerle los puntos" al que la mira. Ahora bien, esta no es una situación propia de los varones sino que las mujeres también expresan como motivo de conflicto entre ellas el estar persiguiendo al novio de alguna.

El juego de miradas es parte de un proceso complejo de comunicación. Siguiendo a Margulis, sostenemos que *"...la comunicación no reposa sólo en la palabra: requiere el uso simultáneo y coordinado de distintos códigos..."* (1997:13). Es posible que aquellos jóvenes que no manejen estos códigos adecuadamente entre en situaciones de conflicto involuntariamente.

Frente a la pregunta sobre cuál eran los motivos que propiciaban situaciones violentas, los estudiantes mencionaron como una de los principales las disputas entre estudiantes ya sea por una chica o un chico. Muchas de esas disputas no solo se dan en el colegio sino también en el boliche. Por eso, lo que sucede a la noche puede tener consecuencias a la mañana siguiente.

"Los más comunes en las chicas... los chicos; y en los chicos... las chicas." (E 5)

"...por el novio de una, que le sacó el novio a la otra. Se agarran terriblemente y se dan mal, peor que los pibes." (E 9)

La cultura de la noche tiene sus efectos sobre la cultura escolar. O mejor dicho, los códigos de la noche tienen influencia en la relación entre los estudiantes. No solo nos referimos a situaciones explícitas de violencia física, sino también a luchas simbólicas al interior del espacio escolar para caracterizar a los estudiantes según sus consumos durante la noche.

DIME A QUE BOLICHE VAS Y TE DIRÉ QUIEN ERES

Sabemos que la producción y uso de *taxonomías sociales* son un instrumento para distinguir y clasificar diferentes grupos de individuos en el marco de relaciones de poder siempre cambiantes. Siguiendo la perspectiva de Bourdieu (1998) las clasificaciones o etiquetamientos de los estudiantes son actos productivos que tienen efecto de verdad sobre las experiencias de subjetivación propias y de sus pares. A través de estos actos se expresa el estado de relaciones de fuerza simbólica que definen la identidad social, incluso legal de los agentes.

Carina Kaplan sostiene que

... los sujetos sociales somos definidos en gran parte por las expectativas socialmente construidas de las que somos depositarios, a la vez que hacemos propias esas expectativas en función de la experiencia social y escolar que, en tanto que sujetos históricos, construimos y a la vez nos constituye. Las expectativas se ponen en juego en la interacción y son arena de lucha simbólica (Kaplan, 2008:60).

Las adjetivaciones que se usan para aludir a los alumnos, a sus características y rasgos tienen más sentido que el que aparentan tener cumpliendo funciones que van más allá del explícito intento por describirlos.

Las taxonomías escolares respecto a los alumnos violentos o no violentos constituyen herramientas de conocimiento y comunicación prácticas que establecen sentidos en base a una estructura de clasificación oficial que responde a la doxa dominante invisibilizada. La violencia opera aquí como signo de distinción pero también de estigmatización.

Tal como se presento en trabajos anteriores (di Napoli, 2010) la forma de expresarse y de hablar (el vocabulario), la vestimenta (ropa deportiva, ajustada), la música (cumbia, rock), las actividades (ir a bailar) y los gustos estéticos operan como parámetros de distinción y clasificación a través de los cuales los grupos se definen y reconocen como violentos o no violentos.

La caracterización de los estudiantes violentos no solo excedía el ámbito escolar, sino que también sobrepasaba el propio acto violento. La noche, y específicamente el boliche, sobresalieron como un espacio por el cual se podía identificar quienes eran violentos y quiénes no. Si bien existe una visión general de la violencia que sucede en los alrededores de los boliches, no todos los boliches son iguales.

"Yo voy a Sidarta (*un boliche*) y no se pelean nunca, jamás. Y son todos pibes que no son villeros. Son pibes que van a estudiar. Cuando vas te piden libreta del colegio, entendes. Son todos pibes que caen en autos, con sus novias, tranquilos, no se pelean."

(E 2)

Hay boliches que intentan ser exclusivos y no dejan entrar a cualquiera. Son boliches "tranquilos", "normales", donde va gente "bien" que llega en auto y con sus novias. Justamente uno de los filtros utilizados consiste en solicitar a la entrada una libreta escolar. Dicho documento se convierte en un signo de distinción que permite, por lo menos, seleccionar a los jóvenes escolarizados. En estos boliches no hay violencia. Sin embargo, existen otros donde la violencia parece ser común.

Cuando se les preguntó a los entrevistados sobre cuáles son las actividades o lugares que transitan los alumnos que ellos consideraban violentos respondieron lo siguiente:

"Lo único que sé es que, por lo que escucho, van a Mundo y todos esos boliches que son

re peligrosos. Yo nunca fui, tampoco iría. Pero dicen que son re peligrosos." (E

1)

"Salen a bailar, toman diecisiete mil pastillas, no se acuerdan de nada, terminan quebrados en la puerta de los boliches, cagandose a trompadas con gente que ni conocen. Al pedo, entendes!" "Yo salgo a bailar a la ruta y se cagan a trompadas siempre". (E 2)

Los alumnos tipificados como violentos van a boliches peligrosos donde toman alcohol, se drogan y se cagan a trompadas. Se podría hacer un análisis en dos niveles. En primer lugar, los estudiantes que transitan esos lugares ya son etiquetados como violentos por el solo hecho de asistir más allá de sus actos. El hecho de que les guste ir a esos boliches es un indicio de su personalidad violenta. En un segundo nivel, sean participes de situaciones violentas dentro del boliche o no, vemos como la taxonomía escolar de alumno violento es construida más allá de sus actos dentro de la escuela. Sus actividades por fuera de la escuela son ingredientes para su juzgamiento escolar. Dime a que boliche vas y te diré quién eres.

Otra distinción que existe entre el grupo de pares es sobre los que van a bailar y los que no. Muchos estudiantes plantearon sus ganas de ir a bailar pero que

temían de ir por las situaciones que habían escuchado. Por otro lado, algunos manifestaron reproches que les hacían los compañeros por no ir a bailar.

"Me gusta ir a bailar, pero depende a qué lugar. Tengo 17 años y cuando iba a empezar a salir no me gustó como era. No me gustó la gente que hay, es re violento. No sé si adentro. Aparte me han contado cosas como que no podés consumir nada porque compras una botella de agua y te viene con cualquier cosa. Y las salidas son terribles." (E 5)

"Hay algunas personas que no salen, no salen casi a bailar; y los otros sí. Entonces "ay, porque vos sos nena de mama". Y él, porque sale es el más. No es así. Yo no soy ni más ni menos persona porque salga o no. Si a mí me gusta salir voy a salir y sino no. Es mi problema. No se tiene que andar fijando él." (E 7)

En este caso, el ir a bailar es un atributo de los alumnos violentos. Son ellos los que van a lugares violentos y se juntan con gente no linda. Son ellos los que corren los riesgos de ir a sitios donde no sabes lo que te pueden meter dentro de una bebida.

Como contrapartida, los estudiantes que van a bailar hacen valer su rol de bailaneros. El salir a bailar es tomado como un símbolo de crecimiento, de transición dentro de la adolescencia. El que no va a bailar es tratado de nena. El ir a bailar es reivindicado por ellos como algo positivo dentro del grupo. Justamente el tema de la noche y el boliche (que no estaba pactado en la guía de entrevistas) salió mucho más en la escuela donde se entrevistaron a alumnos de 4to y 5to año que en la otra escuela donde la mayoría de los estudiantes entrevistados fueron de 1ro y 2do año.

A MODO DE CIERRE

La escuela y el boliche constituyen dos instituciones sociales por las cuales transitan los jóvenes dejando marcas en la construcción de sus subjetividades. Desde ya que el peso de cada espacio es radicalmente diferente y aquí no buscamos equiparlos. Solo pretendemos mostrar que los modos de transitar por estos espacios tienen consecuencias en las relaciones intersubjetivas que mantienen los jóvenes entre sí.

Los códigos de la cultura de la noche atraviesan la cultura escolar y viceversa. La construcción simbólica del "alumno violento" no solo se realiza a partir del comportamiento de los estudiantes dentro de la escuela sino también por lo que hacen fuera de ella. Por eso, la vida nocturna, el tipo de actividades que realicen y específicamente el boliche al que concurren constituye uno de los elementos por los cuales se los caracteriza.

En el relato de los estudiantes el boliche aparece como unidad de medida para caracterizar a los estudiantes etiquetados como violentos y no violentos dentro de la escuela. Asimismo, los boliches usan la libreta escolar como un instrumento de

diferenciación, distinción y homogeneización del público que asiste a esos espacios.

La primera diferenciación que aparece entre los estudiantes es entre los que salen a bailar y los que no. Generalmente los que van a bailar son caracterizados como violentos por lo que no lo hacen. El hecho de asistir a espacios donde la violencia acecha es un parámetro para identificarlos como tales. Pero como contra partida, los estudiantes que salen a bailar consideran esta actividad como algo positivo. El salir a la noche es un signo de madurez que los diferencia de los alumnos que son "nene de mama"

También entre los mismos estudiantes que salen a bailar podemos encontrar caracterizaciones diferentes según el lugar al que asistan. El boliche aparece como unidad de medida para caracterizar a los estudiantes. No todos los boliches son iguales. Los alumnos que asisten a lugares donde a la salida se agreden físicamente son etiquetados como violentos por el solo hecho de asistir. No se evalúa con precisión cual es el comportamiento de ellos en esos lugares sino el simple hecho de estar allí. De hecho, muchos de los entrevistados aseguraron nunca haber ido a esos lugares pero que saben por lo que les cuentan.

Por otro lado, un elemento puramente escolar como una libreta se convierte en un instrumento de diferenciación respecto del afuera y de homogeneización del público que se encuentra en su interior. Asistir a boliches donde se pide libreta escolar constituye una garantía de ser un lugar distinguido y tranquilo. Ahora bien, la libreta no impediría ingresar a estos boliches a los alumnos que ellos tipifican como violentos ya que son jóvenes escolarizados. Sin embargo, los entrevistados sostienen que a esos boliches no van. Aquí se podría hipotetizar que la tipificación del "alumno violento" no solo se construye a partir de formas de ser y de actuar de esos estudiantes sino también de prejuicios y actos de discriminación de sus propios pares que buscan diferenciarse a partir de la estigmatización e inferiorización.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, P. (1990). La "juventud" no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.

Bourdieu, P. y Saint Martín, M. (1998). Las categorías del juicio profesoral, en *Propuesta Educativa* N° 19, Año 9, FLACSO, Buenos Aires, pp. 4-18.

di Napoli, P. (2010). Ellos y nosotros: producción de identidades y estigmatizaciones a través de la violencia. En VI Jornadas de Sociología de la UNLP "*Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales*". departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).

Elias, N. (1988). La civilización de los padres. En N. Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.

Goffman, E. (2009): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Kaplan, C. (2008): *Talentos, dones e inteligencias. El fracaso escolar no es un destino*. Buenos Aires, Colihue.

Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Margulis, M. (1997). La cultura de la noche. En M. (. Margulis, *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.

Margulis, M. y Urresti, M. (1998): La construcción social de la condición de juventud. En Cubides, Humberto, Laverde, María Cristina, Valderrama, Carlos Eduardo (editores): *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Bogotá: Universidad Central-DIUC - Siglo del Hombre Editores

Margulis, M., & Urresti, M. (2008). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis, *La juventud es más que una palabra, Ensayos sobre cultura y Juventud*. Buenos Aires: Biblos.

Pérez, F., & Piñero, J. (2003). Estética de la afectividad y modalidades de vinculación en el boliche. En M. Margulis, *Juventud, Cultura, Sexualidad: la dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes*. Buenos Aires: Biblos.

Reguillo Cruz, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.

Urresti, M. (1997). La discoteca como sistema de exclusión. En M. Margulis, *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.

¹Lic. en Sociología. Becario PG T 1

²CONICET

Según Bourdieu (1990) el proceso de masificación ha llevado a confundir o creer que las diferencias entre las juventudes de clase habían desaparecido o al menos disminuido. Por eso, aquí nos referimos específicamente al proceso de masificación de la educación como proceso de inclusión desde el punto de vista numérico de casi toda la población joven.

³La Ley de Educación Nacional N° 26.206 fue promulgada el 27 de diciembre de 2006

